

ARTÍCULO

Los mitos clásicos en la obra de Hipólito Unanue

Classical Myths in the Work of Hipólito Unanue

Jorge J. Linares Sánchez

Universidad de Murcia, España

jls12311@um.es

ORCID: 0000-0002-2148-7669

Recibido: 10.07.25 — Aceptado: 17.10.25

<https://doi.org/10.30920/letras.96.144.13>



RESUMEN

En este artículo se expone la presencia de referencias míticas grecolatinas en la obra de Hipólito Unanue, figura central de la Ilustración peruana. El estudio se enfoca en cómo el autor integra el mito clásico en sus tratados científicos, discursos académicos y escritos políticos, enlazando el saber ilustrado y la herencia cultural de la Antigüedad. A través de estas referencias, Unanue no solo enriquece la explicación de fenómenos naturales, como el clima y los terremotos, y de cuestiones médicas, como las epidemias, las enfermedades y sus tratamientos, sino que también nutren su reflexión sobre los pueblos indígenas, a menudo incomprendidos y menospreciados por los discursos europeos. Asimismo, ofrecen una clave simbólica para interpretar los acontecimientos históricos de su época, marcada por el proceso de la independencia. El estudio revela el uso de la tradición clásica como un recurso cultural y político, reinterpretado desde el contexto americano. De los dioses olímpicos a los héroes homéricos, los relatos y figuras del imaginario mítico grecolatino permiten a Unanue formular una visión ilustrada de la ciencia y proyectar una idea republicana de Perú. Su prosa revitaliza el legado clásico y establece un puente entre la Antigüedad y el nuevo horizonte científico, cultural y político del mundo americano.

PALABRAS CLAVE: Hipólito Unanue; Ilustración; mitología grecolatina; tradición clásica.

ABSTRACT

This article explores the presence of Greco-Roman mythical references in the work of Hipólito Unanue, a central figure of the Peruvian Enlightenment. The study focuses on how the author incorporates classical mythology into his scientific treatises, academic speeches, and political writings, forging a connection between Enlightenment knowledge and the cultural heritage of Antiquity. Through these references, Unanue not only enriches the explanation of natural phenomena, such as climate and earthquakes, and medical issues, such as epidemics, illnesses, and their treatments, but also deepens his reflection on Indigenous peoples, who were often misunderstood and undervalued by European discourse. These mythological allusions also serve as symbolic tools to interpret the historical events of his time, particularly the process of independence. The study reveals that Unanue uses classical tradition as both a cultural and political resource, reinterpreted from the perspective of the American context. From the Olympian gods to the Homeric heroes, the narratives and figures of the Greco-Roman mythological tradition allow Unanue to construct an Enlightenment-informed vision of science and to project a republican ideal for Peru. His prose revitalizes the classical legacy and builds a bridge between the world of Antiquity and the emerging scientific, cultural, and political horizon of the American world.

KEYWORDS: Hipólito Unanue; Enlightenment; Greco-Roman mythology; classical tradition.



1.1 Introducción

Desde mediados del siglo XVIII, la Ilustración cobró gran impulso en el virreinato de Perú y marcó de forma decisiva su devenir histórico y político. Muchos intelectuales criticaron los prejuicios de la metrópoli contra la población americana, defendieron la igualdad de derechos y finalmente promovieron la emancipación de la patria. Tras la guerra de independencia, liberados del yugo colonial, participaron en la fundación de la nueva República. Las ideas ilustradas tuvieron también un fuerte impacto en la ciencia. Bajo el ideal de erradicar la ignorancia y la superstición, se impulsó la difusión del conocimiento mediante publicaciones, sociedades y academias¹. Se fomentó el estudio de las ciencias naturales y la relación entre los seres vivos y su entorno. La llegada de viajeros y el apoyo a expediciones científicas fueron clave en la circulación de estas ideas. Todo ello propició el florecimiento de una literatura ilustrada en Perú². En estrecha conexión con este clima intelectual, se consolidó el Neoclasicismo, cuyo auge se prolongaría hasta bien entrado el siglo XIX. Este movimiento recuperó los modelos literarios de la Antigüedad grecolatina, no solo en lo estético, sino también como vehículo de las ideas ilustradas. Como señala Nieto Ibáñez (2009), “la Ilustración propicia transformaciones literarias donde los clásicos no sólo sirven como modelos formales, sino también como referentes de las ideas ilustradas” (p. 55). Por lo general, los polígrafos ilustrados eran grandes conocedores de la mitología grecolatina, cuyas figuras y motivos adaptan a la temática de un nuevo texto y a un diferente contexto histórico y social.

Uno de estos eruditos era José Hipólito Unanue y Pavón (1755-1833), quien destacó en los círculos intelectuales y políticos de Perú gracias a su vasta erudición y a unas sólidas conexiones sociales. Tras recibir las primeras letras en Arica y establecerse en Lima, estudió medicina en la Universidad de San Marcos, donde obtuvo un puesto como catedrático. Fue uno de los fundadores de la Sociedad de Amantes del País, promotora del influyente diario ilustrado *Mercurio Peruano*, en el que escribió numerosos artículos científicos e históricos³. En 1806 publicó su obra más emblemática, *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados en especial el hombre*⁴. Ocupó importantes cargos: cosmógrafo mayor, protomédico general y médico de la Real Cámara. Impulsó la creación del Real Anfiteatro Anatómico de San Andrés y del Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, del que fue el primer rector. Tras

¹ Las sociedades culturales y los periódicos ilustrados no solo difundieron el saber científico, sino que también desempeñaron un papel clave en la articulación intelectual de la emancipación hispanoamericana (Oviedo, 1995, pp. 332-334; Franco, 1990, pp. 34-35).

² Sobre la Ilustración en Perú, léase Rivara de Tuesta, 1972; Montemayor, 1980.

³ Publicado entre 1791 y 1795, el *Mercurio Peruano* se propuso desde su primer número refutar las acusaciones europeas sobre la supuesta inferioridad de los americanos, contribuyendo así al surgimiento de una conciencia nacional. Sobre el proyecto ilustrado de la Sociedad de Amantes del País y la influencia del periódico en la conformación de la identidad nacional peruana, véase Guibovich Pérez, 2005; Wierny, 2010; Ojeda, 2019.

⁴ Unanue puede ser considerado un precursor de la salud ambiental al vincular ciencia y entorno en el contexto peruano. Su obra *Observaciones sobre el clima de Lima* combina saber ilustrado y atención al bienestar colectivo (Casalino, 2008).

la independencia de Perú, desempeñó altas funciones en el gobierno republicano⁵. Al retirarse, se estableció en su hacienda de Cañete, donde murió en 1833.

La amplia producción científica y literaria⁶ de Unanue revela un uso frecuente y significativo de referencias míticas grecolatinas. El presente estudio muestra cómo el autor integra el mito clásico en sus tratados científicos, discursos académicos y escritos políticos, enlazando el saber ilustrado y la herencia cultural de la Antigüedad. En las páginas que siguen se documenta la presencia de estos elementos en cada obra y se comenta cómo fueron integrados y resignificados dentro de un nuevo marco histórico e intelectual.

1.2 Análisis

El texto *Resultado del pronóstico y precauciones para el otoño* (1791), dedicado a las enfermedades propias de esa estación, se abre con la referencia a un pasaje de Homero (*Il.* 1.69-70) acerca de la adivinación:

Conocer lo pasado y lo presente, y vaticinar lo futuro, decia Hipócrates, que era el carácter distintivo del buen Médico: carácter tan eminente, que queriendo el Padre de las Musas delinearnos en la persona de Calcas, un hombre superior en los conocimientos al resto de los humanos, un Sacerdote íntimo consejero, y el mas favorecido de Apolo, no encontró su divino entusiasmo otros coloridos con que acabar el retrato. (1974, p. 13)

Calcas, célebre adivino de la mitología clásica, desempeñó un papel crucial en la guerra de Troya gracias a sus vaticinios, que favorecieron la victoria griega. Al evocar esta figura, Unanue traslada al ámbito médico la capacidad profética del augur y sugiere que el médico ideal debe saber interpretar el pasado, el presente y anticipar el curso futuro de una enfermedad, esto es, conocer sus causas, síntomas y posibles tratamientos.

Al inicio de *Historia de un cólico extraordinario* (1792) pondera la belleza de la anatomía humana, que considera evidencia de la inteligencia divina. Rechaza la idea, sostenida por algunos naturalistas, de que el mono o el orangután pertenezcan a la especie humana. Como prueba de la superioridad del hombre menciona las esculturas antropomorfas de los dioses grecolatinos: “jamás se encontrará entre las bestias un modelo del Apolo del Vaticano o de la hermosísima Venus de Médicis. El hombre sólo tiene consonancia con la Divinidad” (p. 23, nota 1). Finaliza el tratado con una nueva referencia a Dios: únicamente él, como creador nuestro, impone las leyes de la naturaleza humana; a los mortales solo nos pertenece vislumbrar vagamente sus insondables misterios. Embellece esta afirmación con una alusión mítica a la difunta esposa de Eneas:

⁵ Unanue tuvo un papel clave en la transición del virreinato a la república en Perú. Fue elegido diputado ante las Cortes de Cádiz, participó en la proclamación de la independencia, fue presidente del Congreso Constituyente, ministro de Hacienda, ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores y presidente interino del Consejo de Gobierno. Consúltese, *e. g.*, Lastres, 1950, pp. 55-58; Peralta Ruiz, s.f.

⁶ El corpus analizado pertenece al volumen dedicado a la obra científica y literaria de Unanue en la *Colección documental de la independencia del Perú* editada por Arias-Schreiber Pezet (*cf.* Referencias bibliográficas). Se citan las páginas de esta edición.

La verdad es muchas veces como la sombra de Creúsa, que en las tinieblas de la noche hace sentir su dulce voz, señalando a los humanos los vestigios por donde deben marchar. Entonces, si encantados de los primeros rasgos de su hermosísimo aspecto, nos abalanzamos a aprisionarla entre nuestros brazos, huye indignada con una velocidad superior a la del viento y a la de esos espectros fugaces que figura el sueño. (Unanue, 1974, p. 30)

Durante la toma de Troya, se apareció ante Eneas el espíritu de su esposa Creusa, muerta recientemente en el caos del saqueo, quien le dio algunas indicaciones sobre su excelso futuro. El héroe, profundamente conmovido, intentó abrazarla, pero, dada su naturaleza incorpórea, se disipó entre sus brazos (*Aen.* 2.792-794). De la misma manera, Dios ofrece al ser humano vislumbres limitados de la verdad, pero desaparece antes de que podemos asirla por completo.

En *Descripción de un gigante que acaba de ser conducido de Ica a esta ciudad* (1792), se da una breve noticia de la llegada a Lima de Basilio Huaylas, cuyas gigantescas proporciones evocan en el erudito el recuerdo de Tifón, el gigante de la mitología clásica que, instigado por su madre Gea, se enfrentó a Zeus y a los dioses del Olimpo. Se cita un pasaje de las *Metamorfosis* de Ovidio, donde se describe al gigante mitológico sepultado bajo la isla de Sicilia (5.349-352).

Las referencias míticas abundan también en su gran obra, *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados en especial el hombre* (1806), donde aspira a esbozar una medicina autóctona basada en la singularidad del clima de Lima. Al principio de la sección introductoria subraya la importancia de la luz del sol para la vida humana. Se rememora la creencia de los antiguos de que las zonas más cálidas de la tierra eran inhabitables, cuestión adornada con una cita de las *Metamorfosis* de Ovidio (1.48-49): *Totidemque plagae tellure premuntur, / Quarum quae media, non est habitabilis aestu* (1974, p. 46, nota 1). Estos versos forman parte del mito de la Cosmogonía, que explica cómo la divinidad reorganizó el Caos y creó la Tierra con diversas zonas según su temperatura, “de las cuales la del medio no es habitable por el calor”. El autor volverá a citar versos ovidianos de este mito, ahora en referencia a la combinación de hierbas con que los antiguos indios de Perú confeccionaban sus tisanas medicinales. Su mezcla le recuerda el “célebre caos de Ovidio” (1.19): *ubi frígida pugnabant calidis, et humentia siccis* (1974, p. 187). Las antiguas infusiones peruanas, como el informe cosmos primigenio, eran una mixtura de ingredientes variados, “donde lo frío pugnaba con lo cálido, y lo húmedo con lo seco”.

La sección “Historia del clima” dedica su tercer apartado al análisis de las aguas de Lima. Aunque Unanue refiere su mala reputación por considerarse la causa de problemas estomacales, añade con cierta sorna: “si es que Cupido y Ceres no influyen más que las aguas en esta común y penosa dolencia” (1974, p. 53). Aquí ambos dioses simbolizan sus respectivos ámbitos divinos, el deseo amoroso y los cultivos, causantes de los males estomacales entre la población en mayor medida que el estado de las aguas limeñas, según la opinión del erudito peruano. El apartado V trata acerca del sol y las estaciones del año. Observa Unanue que la juventud peruana parece más elocuente y fructífera en las artes

durante la calidez primaveral hasta el punto de que sus obras “suelen adquirir tal aire de animación, que parece que Prometeo ha robado la luz del sol para animar las sombras y el barro, por medio del pincel y el buril” (1974, p. 59). Prometeo es el titán benefactor de la humanidad que robó el fuego a los dioses para entregárselo a los hombres. Según algunas versiones él mismo creó al hombre modelándolo en barro (Apollod. 1.7; cf. Paus. 10.4.4-5; Ov., *Met.* 1.82-88). De manera similar, en primavera los artistas peruanos imbuyen de tal luminoso vigor a sus creaciones que parecen dotadas de vida. Unas páginas más adelante, escribe acerca de la belleza del cielo estival, donde se observan algunos de los personajes de la mitología grecolatina que fueron transformados en constelaciones: “Orión y los perros, la nave de Argos y la bellísima constelación del Centauro austral” (1974, p. 61). Los eclipses conforman el tema del apartado VII. El erudito menciona que tras un eclipse de sol en el año 1719 se produjo una mortal epidemia en Perú⁷, que equipara con la célebre peste que Apolo arrojó contra el campamento aqueo en la *Iliada*. La ocultación de Apolo bajo el manto de la noche es una representación mítica de los eclipses, fenómeno que influye en la aparición de las epidemias en opinión de Unanue (1974, p. 64⁸). En el apartado X se recuerda que según el mito el trueno y el rayo son lanzados por Júpiter desde el cielo. Sin embargo, en Lima los rayos descargan sobre las cordilleras por influencia del océano, no del cielo. Por ello, juega Unanue con la tradición mítica y afirma que allí no es Júpiter quien lanza los rayos, sino su hermano, el dios del mar: “Según las fábulas antiguas Júpiter arroja de lo alto los rayos en la otra parte de la tierra. En esta es Neptuno quien los despide de abajo” (1974, p. 70). El dios supremo vuelve a ser mencionado en el apartado siguiente, relativo a los temblores. El autor se hace eco de la creencia popular según la cual a través de estos fenómenos terrestres Dios da señal de que ha escuchado las plegarias de sus fieles, convicción compartida con los paganos. A modo de ejemplo, se cita un verso de la *Iliada* (1.530) en el que Zeus hace estremecerse el Olimpo como prueba de que ha accedido a los ruegos de Tetis (1974, p. 75). No es la única ocasión en la que se coteja la imagen de Dios y la de Júpiter. Más adelante, al abordar la representación indígena del “grande hombre” lanzando rayos sobre el monte de Ohio, se señala su afinidad con la de Jehová cuando desciende del monte Sinaí entre truenos y relámpagos en el Antiguo Testamento (Éxodo 19:16) o a la de Júpiter, que en la *Iliada* (8.75-76) despide rayos contra el ejército griego desde la cima del Ida (1974, p. 99).

La sección siguiente está dedicada a la influencia del clima sobre los seres vivos, incluido el hombre. El primer apartado se centra en el reino vegetal. Al ponderar la excelencia de los viñedos peruanos, Unanue adorna un elogio a las vides del valle de Hoyas con un verso virgiliano: *Densa magis Cereri*,

⁷ Durante el siglo XVIII Perú fue golpeado por múltiples catástrofes naturales y epidemias, fenómenos que los escritores ilustrados se esforzaron por documentar y analizar (véase Carcelén Reluz, 2011).

⁸ Unanue cita tres versos de la traducción de la *Iliada* realizada por Ignacio García Malo, que constituyen una amplificación del verso homérico 1.10: “excitó en el ejército una peste / tan terrible y fatal, que los soldados / en tropel a su impulso perecían”. Esta versión, publicada en 1788, fue la primera traducción completa impresa en castellano. Para un panorama de las ediciones y traducciones de Homero, véanse Pallí Bonet, 1953, pp. 15-93; Crespo y Piqué, 2012; Muñoz Sánchez, 2014.

rarissima quaque Lyaeo (1974, p. 83, nota 34). En las *Geórgicas* el poeta mantuano indica cómo se puede reconocer para qué es más favorable cada terreno, “el más denso a Ceres, el muy suelto a Baco” (2.229). Los terrenos de la diosa Ceres son aptos para el cultivo de cereales, el del dios del vino para el de la uva, como en el valle de Hoyas. En el apartado II, relativo al reino animal, se dedican unos párrafos a los perros. En particular, se llama la atención sobre las epidemias catarrales que afectan tanto a estos animales como a los seres humanos. De nuevo se saca a colación la epidemia sufrida por el bando aqueo en Troya, que afectó inicialmente a los canes. En efecto, el poema homérico especifica que Apolo “atacó primero a las mulas y a los perros veloces (*kúnas argoús*)” (Il. 1.50). El erudito peruano hace incluso unas apreciaciones acerca de la traducción más adecuada para la palabra griega *argós*, que puede ser el adjetivo que se traduce como *ligero* o el que significa *ocioso*. Opta por la primera opción, que justifica por ser los galgos, caracterizados por su agilidad, la raza que más padece este tipo de dolencias (1974, p. 92).

El cuarto apartado gira en torno a la influencia del clima sobre el ingenio. Unanue trata de rebatir el prejuicio del Viejo Mundo relativo a la supuesta superioridad del intelecto europeo frente al americano⁹. Para ello desarrolla una relación histórica de las grandes civilizaciones, que tienen su origen en Asia y África, no en Europa. Allí brillaron por primera vez las artes, las ciencias y las leyes, que se propagaron posteriormente a una Europa aún incivilizada. En concreto, atribuye el auge cultural de la antigua Grecia al contacto con Egipto y Oriente, propiciado por figuras legendarias como Orfeo, Cécrope o Cadmo¹⁰ (1974, p. 106). Otro peculiar argumento en favor de la superioridad europea consistía en relacionar su autoproclamada belleza física (más cercana a la divinidad, según decían) con la excelencia espiritual, que sin embargo aparecerían degradadas en los demás pueblos. Unanue desmonta este punto al indicar que la hermosura, si es que reflejara la nobleza de espíritu, no es privativa de Europa, sino que en todas las naciones “hay pueblos capaces de competir y exceder a la misma Venus” (1974, p. 108). Venus, como diosa de la belleza y el amor, personifica aquí el ideal estético femenino; el masculino viene dado por los héroes y dioses griegos, en particular Hércules y Marte. En efecto, continúa el autor, en pocos lugares se encontrarán “modelos más bizarros de un Hércules o de un Marte que en Otahiti” (1974, p. 108). Lejos de la falsamente pretendida inferioridad espiritual, la naturaleza de los americanos es proclive a la cultura y la civilización. Ofrece testimonio de ello el comportamiento profesado por los nativos de Pelew cuando una tormenta hizo zozobrar en sus islas al capitán Wilson. A pesar de ser un pueblo aislado del resto de civilizaciones, lo acogieron con una amabilidad y cortesía que Unanue juzga superior a la usada

⁹ Autores como Buffon y de Pauw sostuvieron que el clima americano provocaba la supuesta inferioridad física e intelectual de sus habitantes. En respuesta, ilustrados hispanoamericanos defendieron la cultura y capacidad de los pueblos indígenas. Hipólito Unanue destacó entre ellos, refutando estas ideas desde la ciencia y la historia natural. Véase Salazar Bondy (2006, pp. 159-175); Bellini (1997, pp. 182-187) y Laird (2018, p. 13).

¹⁰ Del afamado músico Orfeo se dice que estudió en Egipto (D.S. 4.25.2-4); Cécrope, rey de Atenas, era natural de Sais en Egipto (D.S. 1.28); Cadmo, fundador de Tebas e introductor del alfabeto, procedía de Fenicia (Hdt. 5.57-58; Apollod. 3.1).

por la divina Calipso cuando una tormenta hizo naufragar a Odiseo en su isla (1974, p. 109, *cf.* *Od.* 5.130-145). Además, el clima y la temperatura de América han influido en la gran elocuencia de sus habitantes. La evidencia se hallaría en la comparación de las arengas de Colocolo, general mapuche, y del anciano rey de Pilos, Néstor: “Después que hemos oído algunas de las arengas de los guerreros de Arauco, estamos persuadidos que Colocolo no fué menos digno del razonamiento de Ercilla, que Néstor del de Homero” (1974, p. 111). El juicio Colocolo fue inmortalizado en la epopeya de Alonso de Ercilla, la *Araucana*, relativa a la conquista española de Arauco. Por la elocuencia mostrada en sus discursos se le consideraba a la altura del anciano sabio por antonomasia, Néstor, respetado por todos los caudillos griegos en la *Iliada*.

La sección dedicada a la influencia del clima en las enfermedades aborda en su apartado II las dolencias del alma, entre las que se encuentra la melancolía. Unanue sitúa esta patología en los órganos de la digestión y la asocia con la condena de Prometeo. La melancolía es como el buitre que devora el hígado del titán: “Aquí está el negro buitre devorando las entrañas del infeliz Prometeo” (1974, p. 134; *cf.* *Aen.* 6.595-600). El narcisismo, que el autor denomina con la locución latina *amor sui*, afecta a aquel que “como otro Narciso está expuesto a morir de hambre por contemplarse a sí mismo” (1974, p. 138). En la mitología grecolatina Narciso, castigado por la diosa Némesis, murió extenuado mirando su amado reflejo en las aguas (*cf.* *Ov. Met.* 3.402-505). En el apartado III se presentan algunos remedios para prevenir las enfermedades originadas por el clima. Unanue destaca los beneficios de los ejercicios mentales, aunque advierte que “para tomar la pluma en estas regiones abrasadas es preciso se deje ver la aurora con sus dedos de rosa. *Aurora musis amica*” (1974, p. 159). “La Aurora es amiga de las Musas”: la escritura debe ejercitarse preferentemente por la mañana. La alusión retoma un motivo clásico de la mitología grecolatina: la diosa Aurora (Eos) vuela por el cielo para anunciar la salida de su hermano el Sol. Se ha reproducido el epíteto (“dedos de rosa”) con el que Homero califica a la diosa (*e.g.* *Il.* 1.477; *Od.* 2.1).

En la sección dedicada a los medios de curar las enfermedades del clima, el médico peruano prescribe la ventilación de las habitaciones de los enfermos durante el verano. De nuevo adorna su recomendación con una mención erudita a la *Iliada*: “el enfermo, cual otro Sarpedón, vuelve a la vida a beneficio del frescor del viento saludable” (1974, p. 168). En el poema homérico Sarpedón, caudillo de los licios, es herido en el muslo. Lo compañeros, tras sacarlo del combate, lo dejan moribundo bajo una encina, donde lo reanima el soplo del viento Bóreas (5.692-698). También recomienda Unanue los baños templados para el alivio de las enfermedades venéreas. En esta ocasión el poema homérico comentado es la *Odisea*, el concreto el pasaje del canto VIII en el que el aedo Demódoco canta el mito de la infidelidad de Afrodita y Ares: el marido Hefesto arma en la cama una trampa que atrapa a los amantes en pleno acto y los exhibe de esta guisa ante todo el Olimpo. Tras tamaño escarnio público, Afrodita marchó a Pafos, donde fue lavada y ungida por las Gracias (vv. 362-366). Unanue infiere que la diosa del erotismo y el sexo habría tomado un baño que la

dejó relajada y purificada. De la misma manera, las aguas termales tendrían la virtud de apaciguar los males de las enfermedades venéreas (1974, p. 194).

Aún escribió Hipólito Unanue otros tratados de menor extensión. En *Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú* (1791) discurre acerca de los sistemas científicos para el estudio de la flora. Estos deben ser “el hilo de Ariadna que nos conduzca por el giro de nuestras oscuras investigaciones a la mansión de la luz” (1974, p. 255). Sin un orden sistemático toda la existencia parecería un laberinto. La alusión al hilo de Ariadna apunta al mito de Teseo y el Minotauro. Extendiendo el ovillo dorado que le entregó la princesa, el héroe pudo internarse en la laberíntica morada del Minotauro, matar al monstruo y regresar. A partir del relato mítico, el hilo de Ariadna simboliza aquello que nos guía a través del aparente caos, como los sistemas científicos en el estudio de la apabullante diversidad de especies vegetales. En la nota 15 de esta misma obra (1974, p. 256) se citan unos versos de las *Metamorfosis* de Ovidio pertenecientes al mito de Aracne (6.28-29). En ellos la diosa Atenea, bajo la apariencia de una anciana, aconseja a la soberbia tejedora modestia y respeto para con los mayores, pues la experiencia se adquiere con los años. A través de esta referencia, Unanue subraya la importancia de reconocer el mérito de los antiguos en la tarea de sistematizar el conocimiento botánico, aunque el progreso científico sea lento.

Los *Apuntes de la sociedad sobre las conjeturas del doctor Crespo relativas a restaurar la longevidad de los antediluvianos* (1791) repasan los intentos del ser humano por hallar la pócima de la eterna juventud, que en la obra se denomina “bálsamo de Medea” (1974, p. 265). Fue Medea tan poderosa hechicera que consiguió devolver la juventud a Esón, el anciano padre de su amado Jasón (Ov. *Met.* 7.159-293). A continuación, se ilustra la idea de que el agua y la tierra son los elementos primordiales que componen el cuerpo humano mediante las palabras de Agamenón, quien en la *Iliada* (7.99) amenazó de muerte a los griegos cobardes: “Ojalá os volvierais todos vosotros agua y tierra” (1974, p. 265).

La *Disertación sobre la naturaleza y efectos del tabaco* (1792) refleja la fuerte polémica suscitada a tenor de los beneficios y perjuicios de esta planta: “No causó mayores disturbios entre los dioses la manzana de la discordia que los que produjo entre los sabios la invención del tabaco” (1974, p. 269). La manzana de la discordia era la fruta dorada arrojada por la diosa de la discordia, Eris, como premio para la divinidad más hermosa. Hera, Atenea y Afrodita se enfrentaron por el galardón en una disputa que dio origen a la guerra de Troya. No menor sería la disputa de los eruditos acerca del tabaco.

En *Descripción de un ternero bicípite* (1792) se indica la clasificación que los romanos hacían de los seres monstruosos: por un lado, aquellos resultantes de la mezcla entre especies distintas; por otro, las malformaciones ocurridas dentro de la misma especie. El ternero que da título al texto se integra en la segunda clase. A la primera pertenecen criaturas como las harpías, aves con rostro de mujer y otros rasgos monstruosos de la mitología clásica (1974, p. 286). El texto incluye una traducción adaptada de la vívida descripción que Virgilio ofrece de ellas en la *Eneida* (3.214-228).

La dedicatoria de *Disertación sobre el cultivo, comercio y las virtudes de la famosa planta del Perú nombrada “coca”* (1794) se abre con una referencia a la antigua costumbre grecorromana de coronar con guirnaldas vegetales a los mejores soldados (1974, p. 294). Se justifica este galardón bélico en el origen de Marte, dios de la guerra, quien habría nacido de las plantas. La nota 2 remite a la fuente clásica, los *Fastos* de Ovidio, donde Flora, diosa de las flores, se enorgullece de haber participado en el nacimiento del dios (5.229-260). Según el relato, Juno concibe a Marte al colocar sobre su regazo por indicación de Flora una flor en la que Júpiter se había transformado. Los incas usaban la planta de la coca no solo como recompensa por las hazañas heroicas, sino también como premio por la victoria en las competiciones. Se marca por ello también el paralelismo entre la entrega de la coca por los emperadores incas y la guirnalda de olivo que coronaba las sienes de los vencedores en las competiciones atléticas en honor a Zeus: “semejantes a Júpiter, que en los certámenes olímpicos premiaba al victorioso con una corona de acebuche, motivo porque el poeta Aristófanes lo acusó de dios pobre” (1974, p. 309). La comedia de Aristófanes mencionada se titula *Pluto*, donde la diosa Penia defiende la inopia con el argumento de que el propio dios supremo es pobre, como lo prueba que entregue coronas de olivo en las Olimpiadas; si fuera rico, usaría oro (vv. 581-586).

La planta de la coca, escribe Unanue, era sagrada para los incas¹¹ y les otorgaba una serenidad de ánimo similar a la que producía el nepente entre los griegos (1974, p. 31). Añade en la nota 20 la traducción al latín de *Odisea* 4.220, donde Homero relata que Helena echó una droga al vino para hacer que los comensales olvidaran sus pesares. En el texto griego se aplica a esta sustancia el adjetivo *nēpenthēs* (‘que elimina el dolor’) que daría nombre a la planta. Otra de las propiedades atribuidas a la coca es que atrae la suerte y “los triunfos de Cupido” (1974, p. 301), es decir, el éxito amoroso. También se consideraba un signo de belleza, como lo era entre los griegos la “palma que floreció junto a las aras de Apolo” (1974, p. 301). En la nota 25 se indica la procedencia de tal afirmación: en la *Odisea* el héroe dice a la joven Nausícaa que su belleza le produce el mismo estupor que cuando observó la palmera sagrada junto al altar de Apolo en Delos (6.160-169). Se trata de la palma en la que, según la tradición, se había apoyado Leto cuando parió a Ártemis y Apolo (*h.Ap.* 18; Plin. *HN* 16.240). La alta valoración de la coca entre los nativos y su extendido uso generó una intensa controversia entre los conquistadores, que se debatían entre su explotación comercial y la prohibición: “la coca fué, entre los españoles, lo que la manzana de la discordia entre los dioses” (1974, p. 304). Unanue se sirve del mismo símbolo mítico con el que se refirió a la disputa surgida por el tabaco.

El escrito *Idea general de los monumentos del antiguo Perú* (1791) incluye una reflexión acerca de la importancia de los restos arqueológicos para preservar el

¹¹ Los agoreros y los invocadores de almas mascaban coca; los viajeros la ofrendaban sobre unos montones de piedras. Se comparan estas prácticas con las de las civilizaciones antiguas: la Pitonisa masticaba laurel cuando profería sus oráculos (1974, p. 299); los antiguos creían que algunas hierbas tenían el poder de invocar las almas de los muertos (1974, p. 300, nota 15); los fenicios amontonaban piedras en las sendas en honor a Mercurio (1974, p. 300, nota 17).

recuerdo de tiempos pasados. Se pregunta el autor cómo sería posible sin ellos arrojar luz sobre “aquellos siglos en que la lira y el canto domaron los tigres feroces, los leones rabiosos y conmovieron los duros peñascos” (1974, p. 332). Se trata de una referencia a los míticos músicos Orfeo y Anfión, a quienes se les atribuían tales poderes. En consecuencia, Unanue ensalza la importancia de los monumentos antiguos para conocer épocas y civilizaciones pretéritas, como la Grecia arcaica.

En *Peregrinación por el río Huallaga hasta la laguna de la gran Cocama* (1791), el erudito refiere la expedición realizada en 1790 por fray Manuel Sobreviela. Por su agreste belleza, unas nativas cubiertas solo por una pampanilla, suelto el pelo, se le figuran como las náyades o driades (1974, p. 355). Las primeras eran ninfas de los ríos y manantiales, las segundas de los árboles. Por su estrecha conexión con la naturaleza, se las solía representar desnudas, con una hermosura silvestre que ha motivado su asimilación con las nativas.

Unanue abre *Noticia de los trajes, supersticiones y ejercicios de los indios* (1791) con una crítica contra las invenciones sobre América. La codicia hace que se exageren las riquezas de las antiguas ciudades americanas, que se describen cubiertas de oro. Uno de los descubridores de Manaó “reparó que sus murallas estaban coronadas de estatuas y torreones de finísimo oro, lo cual halagaba infinitamente más a los ojos humanos, que [...] el Eliseo de los poetas” (1974, p. 375). Los campos Elíseos, amenas praderas donde las almas bienaventuradas disfrutaban bajo una atmósfera perfecta, representan el lugar ideal. Sin embargo, la mirada codiciosa desprecia esta morada fantástica en favor del lujo y las riquezas de otros enclaves no menos inverosímiles. Falso fue también el relato del descubrimiento de Enim por Francisco Bohorquez, que alardeaba del cálido recibimiento con que le honró el soberano del lugar y detallaba sus suntuosas edificaciones. Comenta el polígrafo peruano con patente ironía: “El ceremonial, fiestas y torneos con que el monarca quiso acreditarle su magnificencia y placer, era asunto propio únicamente de las plumas de Homero y Virgilio, o más bien de la de Miguel de Cervantes Saavedra” (1974, p. 376). Unanue tiene en mente unos episodios específicos, el recibimiento de Odiseo por parte del rey Alcínoo (*Od.* 7.81-8.586) y la acogida de la reina Dido a Eneas en Cartago (*Aen.* 1.421-756). Naufragado en Esqueria, el itacense gozó de la hospitalidad de los feacios y admiró su opulento palacio, construido con los más nobles materiales; el rey incluso expresó su deseo de que Odiseo desposara a su hija Nausícaa. De manera similar, Eneas fue agasajado por la reina de Cartago, cuyas bellas edificaciones son descritas en el poema; Dido quedó locamente enamorada del héroe.

No se dejó el aventurero Francisco detalle épico alguno sin imitar, pues incluso afirmó que el rey de Enim le había ofrecido en matrimonio a su hija, “a quien el dios Cupido habría introducido la violenta llama del amor” (1974, p. 376). El diosецillo alado, artífice en el pasado de la pasión de Dido por Eneas, no dudó en auxiliar al intrépido Francisco lanzando una flecha a la princesa americana. Unanue da a entender que el relato de Bohorquez es análogo al de Homero y Virgilio, no solo por compartir escenas y detalles, sino porque, igual que los citados episodios míticos, es una invención sin fundamento alguno en

la realidad. Por si no ha quedado claro, la alusión a Cervantes nos induce a ver en el expedicionario a un segundo don Quijote, que delira entre espejismos de grandes reinos y aventuras. El supuesto héroe, que se pretende émulo de Odisseo y Eneas, es realmente una combinación de “las locuras de Don Quijote” y “las mañas de Caco” (1974, p. 376). Este último fue un gigante, mitad hombre y mitad sátiro, que murió a manos de Hércules al intentar robarle los bueyes. Demostrando la brutalidad del monstruoso ladrón, Francisco habría despreciado la oportunidad de obtener el reino pacíficamente a través de unos esponsales regios y prefirió rapiñarlo por la fuerza.

Expuestos los falsos relatos, la siguiente parte del tratado tiene el objeto de presentar sin distorsiones las características de los pueblos indígenas. Llama la atención del autor que, mientras que las mujeres casadas se cubren con un faldellín, las solteras están desnudas. Puesto que muchas de estas doncellas llegan vírgenes a la pubertad, concluye que su desnudez “es una especie de antídoto contra los dardos del impuro dios de los Huertos, cuyas heridas en los países calientes ciegan, precipitan y atropellan a los dos sexos: *in furias ingnesque ruunt*” (1974, p. 378; cf. Verg. G. 3.244). En la mitología grecolatina Priapo era el dios de la fertilidad y el desenfreno sexual, por el cual hombres y mujeres “se precipitan a las furias y a las llamas”. Se consideraba el protector de los huertos y se caracterizaba por su gran falo. Bajo una metáfora priápica, se medita si el nudismo, en contra de lo que cabría pensar, no solo no propicia, sino que incluso desalienta las relaciones sexuales.

A continuación, se analizan otros usos estéticos, como pintarse el rostro de encarnado, “color que en la antigua Roma servía de distintivo a Júpiter en los días festivos y decoraba el semblante de los héroes en sus entradas triunfales” (1974, p. 378). Se marca el paralelismo entre la costumbre de los indios y de los antiguos romanos. Los generales usaban este color en la celebración de sus triunfos, porque era el que cubría la cara de la estatua de Júpiter Capitolino en los días festivos. Se consideraba, pues, el color de los dioses y un símbolo de dignidad (cf. *in Virg., Eclog.* 6.22). Para resaltar su belleza, los indígenas son comparados además con los dioses del amor, Venus y Cupido: “Si al dios Cupido se le quitaran las vendas, él y su madre Venus, podrían ser el retrato de estas naciones” (1974, p. 378). Los párrafos siguientes tratan sobre las creencias y supersticiones de los indios. Se coteja el imaginario de los nativos acerca del más allá con el de la civilización grecolatina (1974, p. 383). A continuación, el tratado se centra en los medios de subsistencia de los nativos, que se dedican a la caza, la pesca y la guerra. Por el veneno con que emponzoñaban sus flechas eran estas “más terribles que las de Hércules, teñidas en la sangre de la hidra de Lerna” (1974, p. 386). Se refiere al monstruo policéfalo del mito de Hércules, al que por cada cabeza cercenada le brotaban dos más y cuya sangre era tan letal que ningún mortal podía sobrevivir a ella, ningún dios podía curarse de sus efectos. En cuanto a la guerra, los indios emprendían cualquier deliberación sobre un asunto bélico solo “cuando ya el dios Baco ha comenzado a posesionarse de sus sentidos y potencias” (1974, p. 387). La posesión del dios del vino sirve de elegante metáfora al uso de bebidas alcohólicas como preludeo a las decisiones militares. Si la campaña tenía éxito, lo celebraban con danzas

enérgicas, que le recuerdan a los “coribantes, sacerdotes de Cibeles, que en los sacrificios a esta diosa bailaban blandiendo las cabezas y luego se topetaban como si fueran carneros” (1974, p. 389).

Dentro de la descripción del territorio peruano en *Geografía física del Perú* (1792), ocupa un lugar destacado la cordillera de los Andes, cuyas zonas más elevadas, por no haber podido ser contempladas, dan alas a la vena poética del autor:

Sumergidos los capiteles de sus soberbias columnas en la región de las nubes, no alcanza el pincel a copiarlos. Se dice que la gloria ha colocado sobre ellos su solio, afianzándolo en pedestales de cristal que rechazando en toda dirección la luz, representan en el éter las fuentes y jardines del Elíseo vistos al través del prisma. (1974, p. 398)

Imagina Unanue en las alturas de Perú un Elíseo celestial. Eran los Campos Elíseos la mítica zona del inframundo destinada a los difuntos bienaventurados. Se aplica su frondosa e idílica naturaleza, inaccesible a los mortales, a las cimas peruanas. Imagina el autor la excelsa vista que ha de divisarse desde tales alturas y recuerda la hazaña aérea de Jaques Charles. Este científico francés rompió en 1783 el récord de altura en globo aerostático. Aun así, incide Unanue, no habría alcanzado las montañas andinas. Por haber surcado los cielos, se le denomina “Ícaro del siglo” (1974, p. 399). Según el mito, el joven hijo del inventor Dédalo, ataviado con las alas sintéticas fabricadas por su padre, emprendió el vuelo por los aires del Egeo. Por desgracia, incumpliendo las instrucciones de Dédalo, se acercó demasiado al sol, se fundió la cera que pegaba las plumas y murió precipitado en el mar (*cf.* Ov. *Met.* 8.183-259). El desventurado mancebo personifica las ansias de volar. Por último, se analiza el influjo de Perú en el equilibrio del orbe terráqueo, lo que lleva a plantear las catastróficas consecuencias que se derivarían de la pérdida de este orden global. Las apocalípticas inundaciones que lo arrasaría todo se plasman en la cita *Omnia pontus erat* (‘todo era mar’, 1974, p. 401; *cf.* Ov. *Met.* 1.292). Las palabras latinas forman parte del mito del diluvio universal enviado por Júpiter como castigo a la maldad de la humanidad.

En *Prelusión a un examen de Geografía* (1792) se procura transmitir a los examinados la relevancia de la materia. Para ello, se ensalzan los lugares más eminentes en la historia de la humanidad. No podía faltar la ciudad de Troya, immortalizada por Homero (1974, p. 414). El autor nombra a los personajes más destacados de la *Iliada*: Aquiles, el gran héroe aqueo que se retiró del combate por la afrenta recibida del caudillo Agamenón; Patroclo, cuya muerte a manos de Héctor provocó el regreso a la lucha de su querido compañero; el troyano Héctor, muerto y ultrajado su cadáver por el vengativo Aquiles; y los amantes Paris y Helena, cuya fuga provocó la guerra. La evocación de estos personajes culmina con una cita de Horacio que actúa como remate (1974, p. 415): *Ilion, Ilion / fatalis incestusque iudex / et mulier peregrina vertit* (‘¡Ilión, Ilión! ¡El juez fatal e impúdico, / y la mujer extranjera te hicieron caer!’), *Odas* 3.3.19-20). Trae el polígrafo a la memoria de los estudiantes otros lugares y seres míticos relacionados con la geografía: “recuerda la relación

que el sacerdote egipcio hizo a Platon sobre la existencia de la Atlántida; y caminando hasta los primeros tiempos de la fábula, levanta su vuelo, entresaca las primeras observaciones astronómicas de Atlas y Urano” (1974, p. 416). El titán Atlas estaba condenado a soportar sobre sus espaldas todo el peso de la bóveda celeste. Urano es la personificación divina del cielo, que engendró a los dioses olímpicos de su unión con Gea, la Tierra. En lo referente a la Atlántida, en el diálogo *Timeo* de Platón se relata la historia que un sacerdote egipcio confió al sabio Solón acerca de una mítica isla continental que permitía el cruce del océano Atlántico (24e-25d; cf. Pl. *Criti.* 113a-121c). Mediante la leyenda de un continente perdido, aventura Unanue la tentadora conjetura de que, a diferencia de lo que se pensaba, la civilización hubiera pasado de América a África y de allí a Europa; pero como ya no se acuerdan, los conquistadores juzgaron salvaje el Nuevo Mundo.

Además de los tratados científicos, cuenta el polígrafo con una amplia producción de discursos académicos, como la *Oración inaugural para la estrena y apertura del anfiteatro anatómico* (1793). Justifica la necesidad de esta institución, por él impulsada y de la que se muestra particularmente orgulloso, en el estado de despoblación de Perú. Niega que la causa de esta merma poblacional sea “el hombre armado de las furias de Marte” (1974, p. 448). Quizá alude a las furias, seres infernales que se representaban portando antorchas y con serpientes en la cabeza. Simbolizan la violencia y la destrucción. Asociadas a Marte, constituirían una metáfora de la destrucción causada durante la conquista española de América. Pero no es esta en su opinión el motivo de la despoblación de Perú, sino el ínfimo desarrollo en el país de la medicina y en particular de la anatomía. Han faltado profesionales experimentados, mientras que sobraron “los curanderos y los charlatanes, que iban devorando por todas partes la vida y la substancia del vulgo que adora neciamente por Esculapio a las serpientes” (1974, p. 456). Una anécdota recogida en la nota 26 aclara el sentido de esta referencia: al descubrir una serpiente en el barco arribado a Roma desde Epidauro, donde los romanos habían navegado para solicitar ante el templo de Esculapio el fin de una mortal pandemia, creyeron que el animal era el dios metamorfoseado y le erigieron un templo junto al Tíber (cf. Ovid. *Met.* 15.622-744). El relato ejemplifica la credulidad y superstición de las gentes acosadas por la enfermedad. De ello se aprovechan los charlatanes, cuya proliferación debe ser atajada con la redacción de leyes en su contra para evitar que “la temeridad haga víctima de la Parca a sus patrones” (1974, p. 457). La Parcas, como diosas del destino que cortan el hilo vital de los mortales, representan el fin que aguarda a quienes contratan los servicios de tan funestos matasanos. Estas muertes han afectado en gran medida a quienes trabajan en las minas de Perú, lo que ha dificultado la extracción de sus riquezas hasta tal punto que se recuerda la condena de Tántalo: “Así, puestos en la situación de desear y no poder poseer sus tesoros, representamos vivamente la imagen de Tántalo de la fábula” (1974, p. 460). El condenado griego no podía beber el agua en la que estaba sumergido ni coger los frutos que colgaban sobre su cabeza. De manera similar, los peruanos son incapaces de beneficiarse de las riquezas que tienen bajo sus pies. Pero el penoso estado de la medicina puede

cambiar gracias a la inauguración del anfiteatro anatómico, que mediante el examen de cadáveres disecados optimizará el análisis de la anatomía humana. Curiosamente, denomina “Júpiter congregador de las nubes” a la región inferior del cuerpo, donde considera que se producen determinadas enfermedades nerviosas como el histerismo o la hipocondría (1974, p. 462). En la nota 41, se explica la analogía entre las nubes amontonadas por el dios y el oscurecimiento de la razón que provocan estas dolencias. A continuación, el autor lamenta los errores que se comenten al tratar estas enfermedades por desconocer adecuadamente la anatomía:

¡Oh, cómo a cada instante se alucina aquí la ignorancia! Cuando los síntomas más difíciles parecen ser el hilo de Ariadna, que señala los giros y salidas del laberinto, las convulsiones la estremecen creyéndolas unas formidables tempestades que amenazan la ruina del hombre. En este conflicto encamina por lo común la mano hacia donde no se necesita el remedio; y más vaga en sus relaciones y juicios que la enfermedad en sus metamorfosis, padece igualmente las transformaciones del inconstante Proteo. (1974, p. 463)

El médico desconocedor de la anatomía cree hallar en determinadas dolencias el hilo de Ariadna, que como a Teseo en la morada del Minotauro, le permitirá recorrer el laberinto de la enfermedad y encontrar la curación. Pero el fracaso de los remedios estipulados lo deja pronto perdido e inseguro, convertido en un Proteo que, igual que el dios famoso por sus poderes metamórficos, cambia constantemente no de forma, sino de parecer. Continúa el discurso con un repaso del desarrollo de la anatomía a lo largo de la historia. Se alaba Egipto por su instrucción en este campo y se incluye una cita homérica en latín, perteneciente al citado pasaje de la droga egipcia de Helena, en el que Homero menciona el conocimiento médico del país del Nilo (*Od.* 4.231). Precisamente, las exactas descripciones de las partes internas y externas del cuerpo realizadas por el aedo heleno o esculturas como el Laocoonte de Agesandro de Rodas demuestran la competencia anatómica de la civilización griega (1974, p. 467, nota 59). Concluye Unanue indicando que, si se potenciaran las ventajas derivadas de un profundo conocimiento médico, mejoraría tanto la situación del reino de Perú que “podrían sus moradores gloriarse de que habitaban el Eliseo” (1974, p. 474), nueva referencia al paraíso utópico del más allá grecolatino.

El *Elogio histórico del señor Don Antonio de Pineda y Ramírez* (1793) contiene diversas referencias a nombre míticos destinadas a encomiar al militar y botánico guatemalteco. Se pondera su contribución durante el sitio de Gibraltar, que es considerado por el autor un hecho bélico digno de recordarse (“memorable en los fastos de Marte”, 1974, p. 477). Al referir el monumento erigido en su honor en el Jardín Botánico de Manila, Unanue imagina las honras ofrecidas a Pineda por la mismísima diosa de la vegetación: “Flora ciñe con sus preciosas guirnalda la tierna y respetable memoria del señor don Antonio de Pineda y Ramírez” (1974, p. 483). Más adelante, se elogia su elocuencia comparándolo con Néstor, el veterano consejero de los aqueos en la guerra de Troya, y se

incluye un pasaje de la *Iliada* (1.249), en la versión latina de Francisco Javier Alegre, como respaldo literario a esa asociación.

En otra disertación defiende la construcción de un cementerio en Lima. Recibe el recinto la denominación de panteón, por ser en opinión del autor un término más apropiado para el lugar en el que los difuntos aguardan la resurrección que en su acepción pagana de conjunto de bustos de los dioses (1974, p. 488). Critica la práctica común de enterrar los cadáveres en el interior de las iglesias, ya que la descomposición corrompe el aire, lo que resulta especialmente perjudicial al tratarse del medio que contiene el principio vital. Para ilustrar esta idea, recurre a un *exemplum* mitológico basado en el relato de Prometeo, quien modela al ser humano a partir del barro y le otorga el fuego divino: “De allí el hacha de Prometeo dando vida al barro, la llama de la vida y otras figuras con que se explican los poetas: aura etérea, el calor innato, los espíritus animales de los médicos y físicos” (1974, p. 492).

En 1806, Unanue pronunció dos discursos con ocasión de los honores brindados a José Salvany y Lleopart, participante en la Expedición Balmis, que llevó la vacuna de la viruela a los diferentes territorios del Imperio español. El primero se abre (1974, p. 496) con una cita del ya comentado pasaje de las *Metamorfosis* de Ovidio (15.743-744) relativo a la sanadora llegada del dios Esculapio a Roma, que supuso el fin del luto por las muertes derivadas de una potente epidemia. Se infiere, por tanto, que la expedición de Salvany con la vacuna ha tenido un efecto similar en América. A continuación, se expresa el horror por la mortandad que la guerra y la viruela están causando en todo el mundo. Afortunadamente, Dios no permitirá el fin de la humanidad, pues “la propia isla donde está abierta la caja de Pandora, que infesta el Universo, ha revelado el feliz preservativo de la viruela” (1974, p. 497). La caja de Pandora, símbolo de todos los males, es situada en Reino Unido, que entonces se encontraba en guerra con España. El año anterior se había producido la fatal derrota en la batalla de Trafalgar y solo unos meses atrás el Imperio británico había emprendido la conquista del Virreinato del Río de la Plata. Pero fue también en Reino Unido donde el médico inglés Edward Jenner descubrió la vacuna contra la viruela.

El remedio salvará muchas vidas, más necesarias que nunca por el gran número de muertos que está dejando la guerra. América no es una excepción: “Con semblante airado mira Marte al continente” (1974, p. 497). La dura mirada del dios de la guerra personifica la devastación bélica en los territorios coloniales. En el principio del segundo discurso se afirma que el “benéfico numen” de Carlos IV merece la gloria que recibe en “los sonores himnos de las musas” por haber impulsado la vacunación contra la viruela, que se extiende “a manera de un blando céfiro” por todo su imperio (1974, pp. 501-502). *Numen* es un sustantivo latino relativo a la deidad que se asoció con la naturaleza divina del emperador; por este motivo se aplica aquí al monarca español, cuyo carácter sagrado queda destacado. Los himnos de las musas son la totalidad de los escritos pertenecientes a las letras y las ciencias, ámbitos auspiciados por estas diosas, que solían contener el tradicional panegírico en loor del monarca. Céfiro es el dios del viento del oeste, que terminó representando todo suave

viento primaveral. Con este símil, la difusión de la vacuna se representa idílicamente como un aura fragante y salutífera que embriaga el continente americano. Se destaca a continuación la acogida y honras que los americanos están tributando a Salvany en su misión médica: “no menores ciertamente que las que Roma y Atenas concedieron a Esculapio e Hipócrates” (1974, p. 504). Ya hemos mencionado la creencia romana en la llegada de Esculapio a Roma bajo la forma de serpiente, que habría puesto fin a una grave epidemia. Del médico Hipócrates, por su parte, se ensalzaba su actuación durante la peste en Atenas.

Elogios académicos (1813) es una recopilación de discursos panegíricos pronunciados por Unanue en la Real Universidad de San Marcos. En la introducción, se realiza un recorrido a través de la historia de la oratoria, con los brillantes comienzos en Grecia y Roma. Sin embargo, estos avances fueron revertidos al inicio de la Edad Media:

Regresaba el espíritu humano a sus principios y parecía que las sociedades iban a componerse en lo sucesivo de aquellos hombres a quienes sacaron de los montes los cantares armoniosos de Amfión y Orfeo.

Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones (1974, pp. 505-506)

La cita latina pertenece al *Arte poética* de Horacio (“se decía por esto que amansaba a los tigres y a los rabiosos leones”, v. 393). Se había atribuido esto al mítico músico Orfeo porque había logrado civilizar a los hombres salvajes, considerados antes poco más que unas bestias sanguinarias. Anfión, por su parte, conseguía una melodía de tal belleza con su lira que podía mover las rocas. El hombre medieval habría quedado en estado de barbarie si la religión cristiana no hubiera restaurado el esplendor de la oratoria. Unanue alienta su práctica, aunque reconoce que sus excesos producen en ocasiones composiciones monstruosas. Esto es propio de los jóvenes, que con el tiempo se moderarán, por lo que debe admitírseles que se sirvan de los “enredos de Dédalo” (1974, p. 507). Dédalo fue el inventor griego que según el mito diseñó el tortuoso laberinto del Minotauro. El término, aplicado a la oratoria, significa los enrevesados recursos y recovecos propios de este arte. A su vez, de nuevo el hilo de Ariadna con que Teseo se guió por el laberinto simboliza el método científico: “apoderándose Descartes y Newton del hilo de Ariadna, sacaban al entendimiento del oscuro laberinto en que le tenían aprisionado y casi muerto los extraños fantasmas de los tiempos anteriores” (1974, p. 506). El primer elogio está dedicado al militar español José de Urrutia y de las Casas. Sus gestas bélicas bajo el mando de Carlos IV le valen el apelativo de “el Marte de España” (1974, p. 509). Participó en la guerra anglo-española que tuvo lugar entre 1779 y 1783, en el contexto de la guerra de la Independencia de Estados Unidos. La reacción hostil del gobierno británico contra las aspiraciones independentistas de sus colonias es simbolizada por la ira del dios del mar: “levantando Neptuno su formidable tridente, cubre al instante el Océano con sus naves, monstruos marinos que intentan aumentar las ondas con las lágrimas de los infelices” (1974, p. 514). España intervino en favor de Estados Unidos para debilitar al Imperio británico, así como recuperar Gibraltar y Menorca. Urrutia participó en el sitio de Gibraltar y la expedición de conquista de Menorca, sobre los que

exclama el panegirista: “¡Qué campos tan fecundos para segar los laureles de Marte!” (1974, p. 514). Los laureles del dios de la guerra simbolizan la victoria militar; unas páginas después la historia militar es denominada “historia de Marte” (1974, p. 520). Además de su excelencia en el campo de batalla, destacó el elogiado en el ámbito de la ingeniería. Dirigió la construcción del Canal de Castilla, con el objetivo de aliviar la penosa situación de la región: “Castilla la Vieja, a pesar de sus ríos caudalosos y dilatadas llanuras, yace en la miseria. Sus campos yermos imitan a Tántalo, que se seca de sed junto al agua, y carecen de giro los frutos de su escasa industria” (1974, p. 511). Antes de la obra hidráulica, la región, como el condenado clásico, yacía en la miseria a la vista de recursos que no era capaz de aprovechar: carecía de agua y de medio de transporte para sus cultivos. El canal ha solventado ambas dificultades. Por otro lado, se proclama a Urrutia superior a Dédalo e Ícaro por su impulso al uso bélico del globo aerostático. A diferencia del joven griego, el ingeniero español consiguió sobrevolar los aires indemne (1974, p. 517).

En el artículo *Frutos de la experiencia* (1824), alaba al ejército patriota y su actuación en “los campos de Marte”, es decir, en el terreno de batalla durante la lucha por la emancipación de Perú. Reflexiona asimismo acerca de la libertad de imprenta, que “cual otro can Cerbero” debe “contener al magistrado en sus límites, y reclamar el orden contra los vicios públicos” (1974, p. 853). Cerbero era el monstruoso perro de tres cabezas que guardaba la entrada del inframundo. Su misión consistía en impedir la entrada de los vivos o la salida de las almas de los difuntos. Era, por tanto, el garante del orden en el más allá. Como el mítico can, el derecho de imprenta ha de mantener el equilibrio entre los excesos de la censura y el control de las difamaciones en la prensa. Se incluyen otras referencias relacionadas con el inframundo, como una cita de la *Eneida*: *Descite justiciam (sic) moniti* (‘Aprended, escarmentados, la justicia’, 6.620). Con estas palabras, el condenado Flegias insta a los mortales a no correr su misma suerte. Según Unanue este lema debe guiar al pueblo por el verdadero camino de la independencia, evitando los errores del pasado. De lo contrario, como otro célebre condenado, Tántalo, tendrán la libertad al alcance de la mano, pero no podrán gozar de ella (1974, p. 854).

Carácter del verdadero republicano (1824) ahonda en la defensa de la libertad. Se contrapone al servil adulator que medra bajo un tirano, en alusión al colonialismo despótico de la Corona española, frente al republicano libre que “bajo la égida de la ley que él mismo ha dictado, hace derivar su propia felicidad del bien universal de la Patria” (1974, p. 854). No duda, por ello, en exponer su vida en el “campo de Marte” para defender la patria, su “numen”. Nótese el cambio de paradigma en las referencias míticas¹². La égida, un escudo o coraza invulnerable portado por Júpiter o Minerva, que en el contexto ameri-

¹² Durante la guerra de la Independencia, de forma paralela a la lucha armada, la clase ilustrada dedicó grandes esfuerzos a propagar una nueva cultura política republicana que desterrara las prácticas propias del antiguo régimen. Se buscó la renovación del lenguaje político y se incorporaron referentes grecolatinos para dar legitimidad y forma al nuevo proyecto institucional. Véase Franco Block (2018: 34); Stoetzer (1993); Taboada (2014); Huidobro & Cornejo (2015); Laird (2018, p. 16).

cano había representado el poder absoluto de la monarquía colonial, se aplica ahora a ley y se convierte en símbolo de la libertad republicana (*cf.* 1974, p. 886). El numen, la esencia divina con la que Unanue se había referido a Carlos IV, se transfiere a la patria, que queda convertida en la única institución sagrada para los habitantes de Perú. El erudito ilustrado se plantea a continuación una reflexión de fondo: si las antiguas repúblicas de Grecia y Roma alcanzaron su esplendor basándose en una concepción pagana que, no pocas veces, divinizaba incluso los vicios, ¿cuánto más podría lograr el ciudadano republicano peruano, guiado no por la superstición del gentilismo, sino por la verdadera luz de la religión cristiana? (1974, p. 855).

En *Soberanía del pueblo* (1824), Unanue plasma de nuevo la imagen del siervo a la par medrador y medroso bajo el mando del tirano. El cruel padre de Júpiter, como su hijo, representa la tiranía de la Corona: “Vegeten en horabuena los siervos a la sombra del trono de sus tiranos; adoren el ídolo que devora sus hijos como Saturno, y tiemblen de continuo por su existencia” (1974, p. 859). Saturno, receloso de que su pro genie lo derrocara, devoraba a los infantes tan pronto como estos eran engendrados. De manera similar, las monarquías siempre subyugarán a sus súbditos por el temor a ser depuestas por una ciudadanía empoderada.

En otros textos los antiguos tiranos españoles son descritos, “como otros tantos Cíclopes” (1974, p. 867), con quienes comparten el ejercicio brutal y arbitrario de la fuerza. Por suerte, el pueblo peruano cuenta con el libertador, Simón Bolívar, que pronuncia “venerables oráculos” (1974, p. 861). A la manera de los antiguos vaticinios paganos, las palabras de Bolívar, nombrado dictador por el Congreso, deben ser obedecidas. El político venezolano es equiparado a uno de los grandes paladines de la guerra de Troya: “No será lisonja si yo digo que, después de siglos y siglos vino a encontrarse el de Ajax rodeado de peligros y tinieblas, en los abrazados desiertos de Huarmey y Casma, en la persona del general Bolívar” (1974, p. 868). Gracias a la *Iliada* de Homero, Áyax Telamonio quedó consagrado como uno de los mayores caudillos de la guerra de Troya. La glorificación épica de Bolívar no sería una mera adulación servil, pues las hazañas bélicas del libertador son equiparables a las del héroe homérico. Aún se servirá Unanue de otra epopeya para ensalzar la justicia, la piedad y la excelencia militar del líder venezolano, a quien le aplica unos versos de la *Eneida*: *Dux Bolivar erat noster quo iustior alter, / nec pietate fuit, nec bello maior et armis* (1974, p. 873, nota 1). El texto, con el lógico cambio de *Rex erat Aeneas nobis* (‘Eneas era nuestro rey’) por *Dux Bolivar erat noster* (‘Bolívar era nuestro caudillo’), reproduce literalmente los elogios tributados por Ilioneo a Eneas ante la corte de la reina Dido (1.544-545): “ningún otro más justo / fue, ni mayor en piedad, ni en la guerra y con las armas”. El guerrero Bolívar, como héroe fundador de la República de Perú, tiene como predecesor mítico al eximio militar troyano y padre fundador del Imperio romano. No es esta la única asimilación entre las aventuras de Eneas y la realidad histórica del Perú de la época.

En una memoria dirigida al congreso en la que da cuenta de su actuación como ministro, Unanue refiere su intención de reestablecer la paz social en Lima. Ornamenta sus palabras con un *exemplum* mítico, el vaticinio

de Anquises (1974, p. 876). En el libro sexto de la *Eneida* el héroe Eneas desciende al inframundo, donde su difunto padre le muestra las almas de sus futuros descendientes, aquellos que se reencarnarían en el pueblo romano. Tras vaticinar los conflictos bélicos que afrontará Roma y la gloria que alcanzará, Anquises da el siguiente consejo: “romano, recuerda (estas serán tus artes) regir a los pueblos con tu autoridad, imponer las costumbres de la paz, respetar a los súbditos y derrotar a los soberbios” (vv. 851-853). Reproduciendo las palabras del ilustre padre (*Pacisque imponere morem*), Unanue aconseja centrarse en la consecución de la paz social entre los ciudadanos tras el fin de la revolución. Más adelante (1974, p. 881, nota 8), cita otro verso virgiliano, esta vez de las *Geórgicas*: *Haud facilem esse viam voluit* (1.121). En el poema latino, la afirmación de que Júpiter “no quiso que el camino fuera fácil” alude a la dificultad del trabajo agrícola. Sin embargo, aquí se convierte en símbolo del arduo trayecto hacia la libertad desde la esclavitud. Por último, la acción política del polígrafo no estuvo carente de sinsabores. Según relata él mismo, fue víctima de un saqueo por un grupo de hombres armados y abandonado en el desierto. Habría muerto de no ser por un tal Lorenzo Valderrama, que le ofreció un caballo. El auxilio prestado merece a su benefactor el calificativo de “nuevo Pilades” (1974, p. 889). Fue este personaje de la mitología griega el gran amigo de Orestes, a quién ayudó a superar innumerables adversidades. Quedó por ello convertido en el prototipo del buen amigo.

1.3 Conclusiones

El presente estudio revela el extenso uso que hizo José Hipólito Unanue de las referencias y los nombres míticos grecolatinos en su obra. En los escritos científicos, el mito aporta una ornamentación erudita a la reflexión acerca de la medicina y al análisis científico. Cual adivino homérico, el buen médico debe inferir a partir de los síntomas observados la futura evolución de la enfermedad. Pero la ciencia no es omnipotente. Como el evanescente espectro de la esposa de Eneas, la verdad se disipa si tratamos de abarcarla por completo. Las referencias mitológicas aplicadas al ámbito médico son numerosas. Se relaciona a un hombre de gigantescas proporciones con el colosal y monstruoso Tifón. Se estudian los paralelismos entre la epidemia sufrida años atrás en Perú y la que asoló el campamento griego según el relato de la *Iliada*. El poema homérico también ejemplifica los efectos curativos de la buena ventilación a través de la súbita recuperación por el soplo del aire del moribundo Sarpedón.

Por otro lado, se asocia la credulidad médica con la superchería de los antiguos romanos, que creyeron ver en una serpiente la encarnación sanadora del dios Esculapio. Por suerte, ha llegado a Perú un verdadero Esculapio, José Salvany, que con la vacunación está erradicando la viruela en el continente. Unanue expresa determinadas realidades de la época a través de referencias a las deidades grecolatinas, en base a sus ámbitos de actuación y funciones divinas. Venus, junto a Príapo, simboliza la sexualidad. Bajo su pluma el relato odiseico de la ablución purificadora de la diosa es interpretado como muestra mítica de los beneficios de los baños templados para el alivio de las enfermedades venéreas. Venus es además el paradigma de la belleza femenina, mientras

que el prototipo masculino es ostentado por Hércules y Marte. Este último personifica la guerra: sus laureles son las victorias militares; su campo, el terreno de combate; sus furias, el deseo de aniquilar al enemigo; sus fastos, las efemérides bélicas. Dirige su odiosa mirada a los países en guerra y a él se asemejan los mejores militares, como José de Urrutia, “el Marte de España”.

Por el contrario, el fruto de su amor con Venus, Cupido, es más cercano a su madre y representa el amor. Por su parte, Neptuno simboliza el mar. La imagen de las aguas agitadas por su tridente plasma la conmoción del océano causada por las hostiles naves del Imperio británico, que es tachado de caja de Pandora como nuevo origen de todos los males del mundo. Curiosamente, en Perú Neptuno abandona su tridente y prefiere enarbolar la atronadora arma de su hermano Júpiter. Unanue adorna así su hipótesis acerca de la influencia del mar en la generación de los rayos en tierras peruanas. El titán Prometeo, por haber modelado y auxiliado al ser humano, representa el impulso creador. El fuego con que obsequió a la humanidad ilustra que el aire alberga la esencia de la vida. Sin embargo, su condena se corresponde con la enfermedad de la melancolía, que según Unanue se producía en el hígado. Las referencias míticas se aplican a otras dolencias: el narcisismo toma su nombre del mito de Narciso; a la hipocondría o la histeria se le atribuye el epíteto de Júpiter, “congregador de las nubes”, porque nubla el raciocinio de quien la padece.

Otros dioses devienen metáforas de sus ámbitos particulares: Ceres de la agricultura y el alimento; Flora de las flores y jardines; Baco de la vid, el vino y la embriaguez; la Parca de la muerte; el Céfitro es el suave viento primaveral; el metamórfico Proteo equivale a la mente confusa y sus cambios de parecer. Las Musas, por su parte, representan la más elevada literatura: por su excelencia, Homero se considera el padre de estas divinidades y el conjunto de la creación literaria se denomina “himnos de las Musas”. Unanue aconseja escribir por la mañana porque la Aurora es amiga de las Musas. Otros personajes de la mitología han experimentado también una actualización referencial en su aplicación al nuevo contexto histórico. El severo guardián Cerbero refleja la labor dual de la censura literaria, que debe velar a la vez por la libertad de prensa y por el derecho al honor y la verdad. Ícaro encarna la aspiración a volar. Donde fracasaron las alas manufacturadas, ha triunfado un nuevo invento digno de Dédalo, el globo aerostático. Por su parte, Pílates ejemplifica la ayuda desinteresada y Tántalo la imposibilidad de aprovechar los bienes de los que dispone una nación, tanto los políticos como la libertad, como los naturales, ya sean las minas de Perú o las aguas de Castilla la Vieja en España.

Unanue refiere además la labor civilizadora de héroes griegos como Orfeo, Anfión, Cécropo o Cadmo. No solo los personajes, sino también los objetos míticos ilustran realidades contemporáneas. Para el erudito, el hilo de Ariadna constituye el método científico. Por el contrario, los enredos de Dédalo son los embrollos retóricos donde se pierden en su arrebató los oradores jóvenes. Con el término “bálsamo de Medea” se denomina la hipotética y ansiada fórmula de la eterna juventud. La manzana dorada lanzada por Eris significa lógicamente la discordia; Unanue le insufla una pátina característica, como símbolo de la polémica surgida entre los detractores y defensores del ta-

baco o de la coca. En efecto, el contexto geográfico e histórico influye en el uso de las referencias míticas por parte del erudito peruano. Con ellas se explica y defiende la civilización y costumbres tanto de los antiguos nativos como de los peruanos contemporáneos, víctimas frecuentes de los prejuicios europeos. El uso de la coca por los incas incluye a menudo referencias a la civilización griega: los efectos de la planta americana serían similares al del nepente entre los griegos, según se infiere de la *Iliada*; la coca era un signo de belleza, como lo fue para Ulises la sagrada palmera de Delos; con ella se premiaban las victorias en las competiciones, igual que la corona de olivo en Grecia. Por su belleza silvestre las nativas se asemejan a las náyades o las dríades. El letal veneno de las flechas indias es comparado con la mortífera sangre de la hidra de Lerna con la que Hércules embadurnaba las suyas. Se llega incluso a vincular la mezcla de sustancias en las infusiones indígenas con el gran caos primigenio de la Cosmogonía.

En ciertas ocasiones, la vinculación de la cultura y usos de los nativos americanos con los de los antiguos griegos y romanos, civilizaciones prestigiosas, tiene un fin apologético. La creencia de los indios en el “grande hombre”, una divinidad lanzadora de rayos, se comprende por su analogía con la representación tradicional de Júpiter e incluso con la imagen de Jehová en el Antiguo Testamento. Los habitantes de Perú han procurado pruebas de excelencia dignas de los personajes homéricos: la hospitalidad de los nativos de Pelew estaría a la altura de la divina Calipso; la destreza oratoria de Colocolo o de Antonio de Pineda no fue inferior a la del anciano rey Néstor. Sin embargo, la equiparación épica no siempre es oportuna: el relato de las aventuras del español Francisco Bohorquez, pretendido émulo de Ulises y Eneas, resulta inverosímil y disparatado. Unanue critica la codicia de los conquistadores, que había sido acuciada por tales relatos falsos. En ellos se exageraba la supuesta opulencia del antiguo Perú, hasta el punto de describir la patria con características preferibles a la mítica región de bienaventuranza, el Elisio.

En verdad, también Unanue se sirve de esta referencia mítica cuando imagina un Elisio celestial en las más altas y desconocidas cumbres de su patria o fantasea con la transformación de Perú en un Elisio americano propiciada por los avances médicos y demográficos. Con el auge y éxito de la independencia americana, las referencias míticas se polarizan entre la alabanza a los revolucionarios y la crítica contra los realistas. Si durante la etapa colonial el numen, término con la que los latinos designaban la esencia y poder de los dioses, se atribuía aduladoramente a la figura de Carlos IV, ahora el rey despótico pierde su esencia divina en favor de un nuevo ente referencial, la patria peruana. Gracias a Bolívar, encarnación de héroes épicos como Áyax o Eneas, los republicanos emancipados se han apoderado de la égida de Júpiter, símbolo del poder supremo, que ahora se aplica a la defensa de la ley. Lucharán hasta la muerte contra los tiranos coloniales, feroces cuales cíclopes. Mientras, los siervos realistas siguen medrando temeros bajo un monarca que, como Saturno, se muestra presto a devorarlos para mantenerse en el poder. Finalmente, una vez conseguida la victoria y afianzada la libertad, es el momento de trabajar por la paz social, como aconsejara el difunto Anquises a su hijo Eneas en el más allá.

El uso de la mitología grecolatina en la obra de Hipólito Unanue articula un lenguaje eficaz para ornamentar e interpretar el presente americano. Al entretejer nombres y motivos míticos en campos tan diversos como las ciencias naturales o la política, el erudito ilustrado reactiva la tradición clásica como instrumento de comprensión y persuasión. Desde los dioses olímpicos hasta las figuras homéricas, el universo mítico sirve tanto para explicar fenómenos naturales como para comprender las culturas indígenas o dotar de simbolismo los sucesos históricos de su tiempo. Su prosa convierte el mito en herramienta analítica, pedagógica y patriótica, actualizando su sentido en un contexto nuevo. Así, Unanue reinterpreta el pasado clásico como espejo de un Perú ilustrado y soberano.

Referencias bibliográficas

- Bellini, G. (1997). *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Editorial Castalia.
- Carcelén Reluz, C. G. (2011). La visión ilustrada de los desastres naturales en Lima durante el siglo XVIII. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 20(1), 55-64. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v20n1.23067>
- Casalino, C. (2008). Hipólito Unanue: El poder político, la ciencia ilustrada y la salud ambiental. *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, 25(4), 431-438.
- Crespo, E., & Piqué, J. (2012). Las traducciones de Homero en América Latina. En H. Maquieira y Claudia N. Fernández (Ed.), *Tradición y traducción clásicas en América Latina* (pp. 349-431). La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Franco, J. (1990). *Historia de la literatura hispanoamericana: a partir de la Independencia*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Franco Block, A. (2018). Amor y política: dos modos de entender el patriotismo en el tránsito del Virreinato a la República en el Perú. *Revista del Instituto Riva-Agüero*, 3(2), 17-54. <https://doi.org/10.18800/revistaira.201802.001>
- Guibovich Pérez, P. M. (2005). Alcances y límites de un proyecto ilustrado: la Sociedad de Amantes del País y el *Mercurio Peruano*. *Histórica*, 29(2), 45-66. <https://doi.org/10.18800/historica.200502.002>
- Huidobro, M. G., & Cornejo, M. (2015). La recepción de los clásicos durante las independencias hispanoamericanas: propuesta para una aproximación teórica e historiográfica. *Intus-Legere Historia*, 9(1), 47-68.
- Laird, A. (2018). Introduction: Classical Traditions and Controversies in Latin American History. En A. Laird y N. Miller (Ed.), *Antiquities and Classical Traditions in Latin America*, (pp. 9-25). Chichester: Wiley. <https://doi.org/10.1111/blar.12802>
- Lastres, Juan B. (1950). Hipólito Unanue. *Letras (Lima)*, 16(44), 48-69. <https://doi.org/10.30920/letras.16.44.6>
- Montemayor, A. (1980). La Ilustración en el Perú. *Stromata*, 36(3-4), 335-362.

- Muñoz Sánchez, J. R. (2014). La recepción de Homero en el Humanismo y el Renacimiento: de Francesco Petrarca a Gonzalo Pérez. *Artifara: Revista de lenguas y literaturas ibéricas y latinoamericanas*, 14, 89-117.
- Nieto Ibáñez, J. M^a. (2009). El mundo griego en los académicos y eruditos ilustrados del XVIII. *Studi Ispanici*, 34, 55-74.
- Ojeda, R. (2015). El *Mercurio Peruano* del siglo XVIII: La Sociedad de Amantes del País y la prensa de Ilustración. *Comunifé: Revista de Comunicación Social*, 15, 59-73. <https://doi.org/10.33539/comunife.2015.n15.1837>
- Oviedo, J. M. (1995). *Historia de la literatura hispanoamericana: 1. De los orígenes a la emancipación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pallí Bonet, J. (1953). *Homero en España*. Barcelona: Imp. Elzeviriana y Lib. Cami.
- Peralta Ruiz, V. (s. f.). *José Hipólito Unanue y Pavón*. Historia Hispánica. <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/44413-jose-hipolito-unanue-y-pavon>
- Rivara de Tuesta, M. L. (1972). *Ideólogos de la emancipación peruana*. Lima: Publicaciones de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Salazar Bondy, A. (2006). *Aproximación a Unanue y la Ilustración peruana*. Lima: Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Stoetzer, O. C. (1993). The Importance of Classical Influences during the Spanish American Revolutions. *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 30, 183-226.
- Taboada, H. G. H. (2014). Centauros y eruditos: los clásicos en la Independencia. *Latinoamérica: Revista de estudios Latinoamericanos*, 59, 193-221. [https://doi.org/10.1016/S1665-8574\(14\)71730-2](https://doi.org/10.1016/S1665-8574(14)71730-2)
- Unanue, H. (1974). *Colección Documental de la Independencia del Perú. Tomo I. Los ideólogos. Volumen 8. Hipólito Unanue*. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Wierny, S. (2010). Reivindicación histórica y natural de los criollos ilustrados en el *Mercurio Peruano*: El despertar de una ‘conciencia en sí’ en el Perú del siglo XVIII. *Tinkuy*, 14, 95-104.

